

Itinerario del intruso de Julio Derbez

En busca de la salud perdida o para qué me sirvió el cáncer

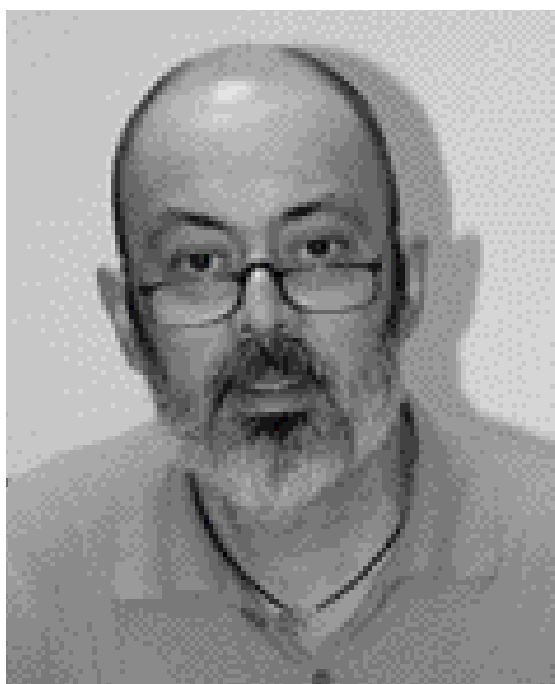
Silvina Espinosa de los Monteros

Puesto que la salud es un estado sobre el cual poco se reflexiona, al dar por sentada su inmanente presencia en nuestras vidas, la Secretaría de Salud, en combinación con Editorial Turner, Ortega y Ortiz Editores y CONACULTA, ha unido esfuerzos para entregar al público lector una colección de volúmenes denominada “Cuadernos de Quirón”, en los que el tema fundamental es la enfermedad y sus complejas implicaciones.

A decir de los editores, esta colección literaria pretende erigirse en punto de encuentro entre médicos y pacientes, confiriéndoles a ambos la oportunidad de incitar y extender un diálogo, que frecuentemente se queda en el ámbito de lo privado, pero que sin duda contribuye a la abierta exposición de experiencias básicas, tanto en el proceso de recuperación del enfermo, como en la sensibilización de los médicos que muchas veces han perdido el trato humano con sus pacientes.

Entre estos volúmenes, dedicados a enfermedades de la sangre, migraña o depresión, vale la pena comentar *Itinerario del intruso o para qué me sirvió el cáncer*, del periodista Julio Derbez. Se trata del valeroso testimonio de un hombre al que, de buenas a primeras, le diagnostican cáncer primario de pulmón con metástasis al cerebro y su consiguiente lucha por recuperar la salud, pese a los sombríos pronósticos que planean sobre él y los suyos, debido a sus escasas probabilidades de conservar la vida.

Así pues, la crónica de una enfermedad inesperadamente anunciada, deviene primero en estupefacción y luego en fortaleza para afrontarla. En el prefacio, el autor comienza con una frase contundente: “El gran



Julio Derbez

intruso de mi vida es Dios. Entró tirando las puertas a patadas, pero entró y aquí se ha quedado”.

De súbito nos encontramos ante el testimonio de una conversión espiritual. El hombre regido con anterioridad por los embates del intelecto, se rinde ante los drásticos métodos que ha elegido el Ser Supremo para conmocionar su existencia. El libro da cuenta del lento y forzado aprendizaje que supuso para Derbez estar enfermo; *sentirse* enfermo. Con un lenguaje directo, sin rodeos, transmite a los lectores la osadía que conlleva aceptar la debilidad y permitir no solamente que *otros* (llámense familiares o médicos) se hagan cargo, sino afrontar el hecho de que la vida lo ha puesto en la no siempre cómoda posición de recibir muestras de afecto.

En la reedición de uno de sus más lúcidos ensayos, *La enfermedad y sus metáforas*

(Muchnik Editores, 1980), Susan Sontag advirtió la importancia de “demostrar que la enfermedad no es una metáfora, por lo que debe ser encarada por el enfermo de frente, resistiéndose a aceptar el *pensamiento metafórico*”. Al igual que la tuberculosis en el siglo XIX, advirtió Sontag, el cáncer es un padecimiento que con mucha frecuencia los médicos ocultan a los pacientes, enviando diagnósticos por vía postal y sin membrete, a los familiares de éstos. Uno de los propósitos de los “Cuadernos de Quirón” consiste en explorar las formas en que nuestros condicionamientos culturales lidian con la enfermedad. Al tiempo de que el cáncer es abordado con metáforas “de la jerga militar” (que tanto aborrecía Sontag), al hablar del cuerpo como un “sitio de batalla” o referirse a las defensas naturales como el “sistema inmunodefensivo”, los pacientes de la primera década del siglo XXI comienzan a encarar, cada uno a su manera, sus procesos curativos.

Con la firme idea de salir adelante, Derbez deambuló por numerosos consultorios, escuchó opiniones de distintos médicos y valoró tanto beneficios como repercusiones de los tratamientos que estaban a su alcance. Desde el principio, la verdad constituyó la piedra angular para su reestablecimiento.

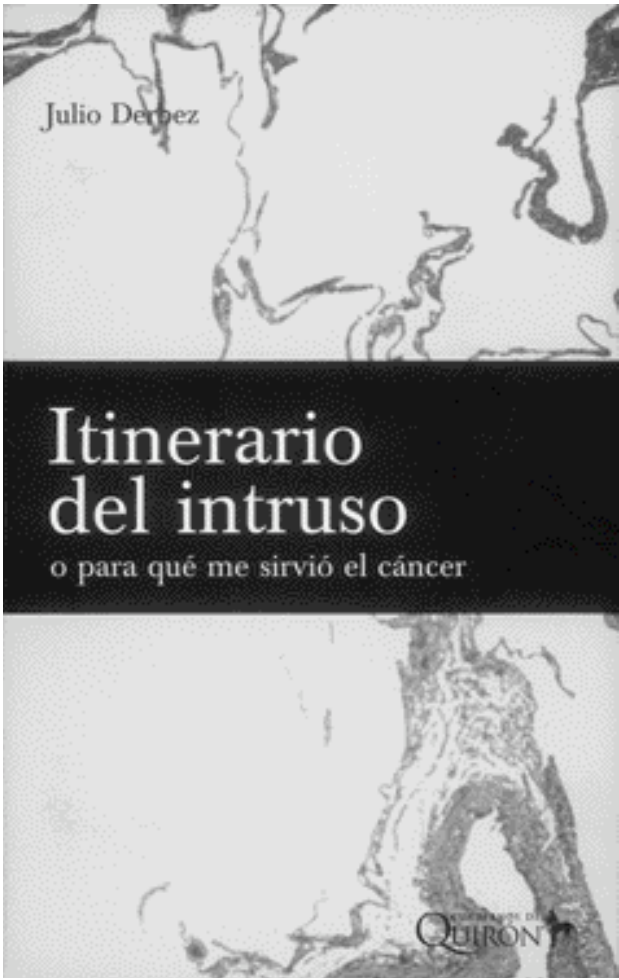
Como era de esperarse, el camino no fue llano. Además del complicado diagnóstico inicial, poco después se presentó la aparición de un coágulo y la decisión de poner o no un catéter. En medio de todo este caos, el minucioso repaso sobre la vida y los afectos familiares no se hicieron esperar. Los recuerdos de la casa de “Milcoapa” en Tepoztlán, resurgieron con la fuerza de un Edén perdido. Prosiguieron los miedos

y un desesperado intento por acercarse a Dios y complementar el tratamiento alopático con medicinas alternativas. Puestos en esta coyuntura, Derbez narra cómo la estrecha comunicación que tuvo con sus médicos hizo que en un momento decisivo, un pequeño conjunto de galenos, discordantes en la clase de tratamiento que querían utilizar, dejaran atrás los recelos profesionales y se arriesgaran en el uso de una cámara hiperbárica que en combinación con las radiaciones harían que el tumor pulmonar se redujese, a fin de poder extirparlo a través de una operación quirúrgica.

Por si fuera poco, durante esa suerte de limbo en la que esperaba descubrir el efecto positivo de la hiperbárica, el autor relata la aparición de un tercer tumor cerebral. Los primeros dos habían sido combatidos con un portento de la medicina conocido como *gamma knife*. Sólo que esta vez debía elegir entre dicho procedimiento, cuya aplicación tenía un límite, o la radiación completa de cráneo para intentar detener la formación de nuevas protuberancias malignas. Derbez optó por lo segundo.

Aunado a la evidente capacidad de los médicos, el resultado positivo de este doloroso viaje, sin duda, mucho debe a la buena disposición del periodista. La decidida, pero sobre todo inmediata elección de afrontar la enfermedad, le llevaron a atajar el estallido multiplicador de las células que pusieron su vida en jaque.

Un año después del fatal diagnóstico, Derbez sobrevivió a las estadísticas. El hom-



bre que dirige la revista *Vértigo* ha ofrecido testimonio de cómo una indeterminada mezcla de coraje, valentía, obcecación, sentido del humor y fe le brindó la oportunidad de inaugurar la noción de futuro. Como resultado de esta experiencia, la percepción de lo que para él significa ser mortal, se transformó en definitiva:

Soy un individuo más frágil de lo que era. Estoy en alerta permanente ante el posible regreso del intruso. Me pasó lo que toda la vida estuve seguro que no me iba a

ocurrir. Hace muchísimos años supuse una vinculación entre el cáncer y la imposibilidad de la víctima que lo padece de exteriorizar la rabia y la tristeza. Ahora lo creo más y ahora también me doy cuenta de que soy parte de la gente que se ha tragado penas, pesares, aflicciones, males, a pesar de mis explosiones, que yo creía suficientes para ventilar y limpiar mi corazón. Y si ya me pasó lo imposible, cualquier otra cosa puede darse. Vivo atento a todo lo que mi cuerpo dice.

¿Para qué me sirvió el cáncer?, es una pregunta resuelta en ciento cuarenta y cinco páginas. En adelante, nadie sabe lo que pueda suceder con la salud de Julio Derbez. Lo único que los lectores sabemos a ciencia cierta es que la escritura ha tenido un papel fundamental a la hora de replantearse la existencia. Como lo dijo hace varias décadas Marguerite Duras en su libro *Escribir*:

Para abordar la escritura hay que ser más fuerte que uno mismo, hay que ser más fuerte que lo que se escribe.

Si alguien conoce la fortaleza requerida para afrontar la página en blanco, es un sobreviviente. El cáncer, al igual que otros demonios, puede ser exorcizado a través de la escritura. Siendo más fuerte que su enfermedad, el autor utiliza el lenguaje para otorgarle una presencia pero, sobre todo, un nombre. El nombre del intruso que no pudo —por lo menos en esta ocasión— destruir la vida de Julio Derbez. **U**

El cáncer, al igual que otros demonios,
puede ser exorcizado a través de la escritura.